EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 20

MÉXICO, 15 DE MAYO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

Ciencias y Artes.—El cultivo del añil

CAMPOAMOR.

El muchacho que viene de provincias con su bagaje de versos no publicados, y la joven que en la vida monótona de una oscura capital siente la tristeza de sus sueños amorosos no realizados jamás por completo, adoran el nombre de Campoamor; el primero por las muchas cosas que ha dicho en sus doloras, la segunda por lo bien que ha dicho todas esas cosas.

No hay poeta que haya pintado mejor las luchas heroicas de los corazones vulgares; con sus eternos escarceos de lo real á lo ideal, y de lo ideal á lo real, ha subido y bajado de la materia al espíritu y del espíritu á la materia, poniendo en versos sus fatigas al subir y sus desengaños al bajar, pero conservándose siempre humorista y sin faltar un solo dia al Consejo de Estado.

En aquel cuerpo robusto, en aquella cabeza voluminosa y aun en aquellas patillas blancas, se ve el grave consejero preocupado en las arduas cuestiones que el gobierno somete á su consulta; pero se fija uno en sus ojos, que se están riendo constantemente por dentro, y aparece en seguida el poeta humorista, muy satisfecho de que la vida sea tan mala para tener el gusto de tomarla á broma y reirse de ella.

Nadie ignora en Madrid que Campoamor vive en la Plaza de las Cortes, número 8, segundo, frente á Cervantes; no hay, por lo tanto, más que escoger una tarde muy fría, que son las de Campoamor, porque las espera en su casa, y gozando con la idea de su sabrosa conversación, subir á hacerle una visita.

Entrais, y después de cruzar un pasillo oscuro, os guían hacia el comedor; primer asombro: ¡en casa de este poeta se come! veis siempre los postres servidos en la mesa; segundo asombro: ¡en casa de este poeta se puede comer á todas horas! os fijais en los vinos, en la riqueza de las vajillas, en la abundancia y suntuosidad de los postres, y deducís que, á más de comerse y de poder hacerlo á todas horas, en aquella casa se come bien..... Después de ésto, ¡qué necesidad tenía Campoamor de haber escrito su *Poética!* Los antiguos moldes de la poesía están rotos sobre su provista mesa.

Del comedor pasais á su despacho, riendoos ya á mandíbula batiente del *divino* Herrera.

Allí está el dios. Tendido en su butaca de sagrén, con una manta de viaje sobre las piernas y temblando de frio; al lado de su butaca encontrareis una silla; es la vuestra, sentaos y mirad conmigo en derredor.

Yo os diré lo que vereis: en primer lugar es inútil que vuestra mirada quiera descubrir el bufete, ó el buró, ó la mesa-despacho, donde las doloras pasan de la imaginación del poeta al papel; ese mueble no existe. Campoamor escribe con lápiz y en cualquier sitio, hasta en la Academia de la lengua.

Si seguís la línea de su cabeza vereis una librería, donde alternan con los libros, matraces, tubos de ensayo, probetas y redomas. ¿Es que habeis entrado sin saberlo en el laboratorio del Dr. Fausto? No podría contestaros; pero Campoamor no necesita de Mefistófeles para nada; ha resuelto el problema de ser eternamente joven, aunque odia á la vejez con tanta fuerza como si fuese viejo. Detrás de su butaca, volviéndole la espalda, tiene un retrato que él dice que es Campoamor cuando tenía treinta y dos ó treinta y cuatro años; no lo creais, es Campoamor con patillas negras; pero eso no significa que sea el del retrato más joven que el actual.

Después de la librería *química*, otra librería con libros, y otra más allá, sólo que vais á permitirme que corte con una digresión este inventario. En un poema que ahora está escribiendo y de que luego hablaré, supone Campoamor que si se pudiera formar por medio de reacciones químicas el cuerpo de una mujer, ésta resultaría, faltándole naturalmente el alma, la más inocente, la más constante, la más perfecta criatura de su sexo. ¡Quién sabe si el autor de *Los Buenos* y *Los Sabios* ha reunido todos aquellos trebejos de su laboratorio para ensayar la creación de un *Juan Soldado* hembra! Resúltele ó no feliz el ensayo, su propósito es al menos más digno de aplauso que el de los antiguos alquimistas que se pasaban la vida detrás de la piedra filosofal; una mujer sin alma, es decir, una mujer enteramente buena, sería un hallazgo tan grande, que la humanidad, *ipso facto*, retrocedería á los tiempos felices del Paraíso, como si no se hubieran comido Adán y Eva la manzana.

En el saliente de la librería Central acumula Campoamor periódicos, cartas, libros recién leidos; allí tiene todo lo del dia, aunque lo más interesante lo pone en un taburete cerca de su butaca y al alcance de su mano. En la pared opuesta se distingue un pequeño medallón de yeso que reproduce en relieve la estatua de Colón, de San Martín, y es la única alusión á sus poemas que en todo el despacho de Campoamor se encuentra. Encima del medallón un antiguo mapa de Italia, que hace juego con otro colocado tan alto y tan escondido, que nunca he llegado á saber qué país representa; por lo alto debe ser un mapa de la luna, por lo escondido el país de la felicidad.

A la izquierda de la puerta de entrada una estantería con cajones azules, que parecen arrancados del despacho de un notario; allí debe guardar el poeta sus dictámenes del Consejo de Estado; también tiene debajo de los cajones dos frascos grandes: el uno con flor de malvas, el otro no sé con qué otra yerba medicinal.

Hace cinco años que visité por vez primera á Campoamor, sin que él lo sepa, seguramente, que nuestra amistad data de tan larga fecha. Pues bien, estoy seguro de que desde entonces no se han destapado esos frascos; por algo dice D. Ramón que aquellas medicinas son muy buenas!

Y ya que conoceis ligeramente el despacho del poeta, hablemos de éste, ó mejor dicho, hablemos del hombre. Imposible hallar amabilidad como la suya ni aun entre los húsares, glorioso escuadrón á que pertenece; su manía es convencer á todos los jóvenes que empiezan, de que van para genios, y tal salen de su casa, orondos y satisfechos, que el portero les deja sentar para que respiren y se desahogen, antes de codearse con el vulgo, en el banco del portal, que no sé por qué causa ostenta las armas de España.

Su conversación se resiente de que nunca habla mal de nadie, y por lo menos delante de gentes, lejos de ser un excéptico *enragé*, resulta hasta optimista; tiene fe en el porvenir del tercer partido! Lo único que me hace suponer que Campoamor ha pasado de los *cincuenta*, es que ya deja hablar á los que con él dialogan, y de este modo sabe tantas cosas, que uno cree no habérselas dicho nunca. Estudia con los ojos á su visitante, pero de soslayo, por la posición de su butaca, y se restrega á menudo las manos, como diciendo: «¡Caramba, qué vida tan perversa!» Ya lo sabeis, pues, oh jóvenes poetas! El gran humorista, el eminente poeta, no se encastilla en su celebridad; recibe á todos los que quieren conocerle con los brazos abiertos, pero poneos antes bien con Pepe. Pepe es un criado modelo, vino de Asturias apenas sin saber leer, y hoy no solamente lee de corrido, sino hasta distingue de autores. Tiene su pequeña biblioteca compuesta de un ejemplar de cada una de las obras de su amo, y pide á todos los íntimos de la casa los libros que han publicado. Adivina en el que pregunta por Campoamor el literato, por mal vestido que vaya, y le franquea la puerta, cerrándosela en cambio á los amigos molestos, aunque lleven levita de Muñoz.

Sin embargo, algunas veces equivoca y tiene que bajar por la escalera detrás del visitante no recibido; pero si Pepe fuese infalible, Campoamor no sabría qué hacer de él, tendría que despedirle por exceso de sabiduría, ó no ser autor de *Las Humoradas*.

Actualmente escribe Campoamor un poema cuyo título es *El Licenciado Torralba*. Su argumento, altamente filosófico y humano, está tratado con gran maestría y enriquecido con detalles de incomparable valor artístico. Todo el canto primero es un prodigio de delicadeza y de gracia; un ángel que al bajar á la tierra se queda enamorado de una hermosa muchacha de quince años y acepta gustoso su destierro del cielo por el amor de la joven; el Lic. Torralba, que tiene de la vida formado este concepto:

«Comer bien, beber más, gozar de prisa,
Porque ésto es todo y lo demás es nada.»

y que envidioso de la felicidad de la inocente pareja se propone suplantar al ángel, consiguiéndolo al fin. La hermosa muchacha, que arrastrada por los apetitos de la carne y los impulsos de la materia, deja de este modo el amor del ángel por el amor del hombre, para abandonar luego éste por el amor del diablo. . . . ¿Mas para qué he de privar yo á los lectores de una sola de las emociones que pueda proporcionarles la lectura de tan hermoso poema, exponiendo ahora en prosa desabrida su argumento?

Pido, pues, arrepentido de mi propósito, perdón á aquellos y al poeta; sin embargo, conste que como he saboreado las bellezas de tan magnífica producción, tengo el derecho de alegar este título cuando se me pretenda confundir con los demás mortales. ¡Ay! También yo me he sentado para respirar antes de salir á codearme con el vulgo en el banco del portal de la casa de Campoamor, banco que, francamente, no sé por qué ostenta las armas de España.

José de Roure.

PERFILES GRIEGOS.

AQUILES Y APOLO.

Hé ahí un príncipe griego y una divinidad mitológica que han llegado hasta nuestros dias en alas de las leyendas heroicas y de la fábula.

Simbolizando ambos la hermosura varonil, aunque afeminada por el corrompido gusto de la época á que se refieren sus existencias, nos los representan valerosos, galanos, artistas y sabios.

Nacido el uno en Phthia y el otro en Delos, los primeros años de sus fantásticas existencias pasan ignorados.

Si el primero es invulnerable, el segundo es dios; sin embargo, el uno muere en manos de Paris y el otro es arrebatado al mundo por la voluntad de Júpiter, en venganza de la muerte de los cyclopes, forjadores del rayo, que habia matado á su hijo Esculapio.

Aquiles es bañado, apenas nace, en las aguas de la Stygia y ungido con ambrosía; Apolo es también bañado en las fuentes *de la Palma* y *del Olivo*, y ungido con la luz del sol, cuyo nombre también lleva en el cielo de la mythología, cuando no el de Phebo, su sinónimo.

Puesto Aquiles bajo la disciplina de Chiron ó de Phenis, disfrázale Thetis con traje mujeril y le envía á Scyros, cerca del rey Lycomedes, donde conquista á la princesa Deidamina y es reconocido por Ulyses á causa de su preferencia por las armas á las joyas, habiendo ido en su busca por el vaticinio de Calchas relativo á la toma de Troya.

Apolo, arrojado del cielo olímpico, es obligado á apacentar rebaños de Admeto; y después en Prygia, acompañado de Neptuno, se ve precisado á hacer ladrillos para la construcción de los muros de Troya, y seduce á Daphne.

Aquiles mata á Héctor con sus repuestas armas, fabricadas por Vulcano; Apolo mata á flechazos á la serpiente Python, por cuyo hecho la Grecia instituye en su honor los juegos pythios.

Homero da gran fortuna de amores á Aquiles; Apolo ama á Clytia, á Leucothoe, á Daphne y otras más.

Y sin embargo de todas estas semejanzas, Aquiles, el hijo de Thetis, no puede confundirse con el protector de los amores de Júpiter y Juno, con el hijo de Lamia y Júpiter, con el hijo de Lyfon, el atheniense, con el hijo de Galatea, con el preceptor de Chiron (cuyo nombre éste le puso por tal causa al hijo de Peleo y de Thebis), ni con ningún otro de los de su nombre, mientras hay pareceres diversos entre los cuatro Apolos, inclinándonos á creer que se atribuyen del segundo y tercero de ellos en sucesión sus hazañas legendarias á un solo personaje.

Aquiles asiste al sitio de Troya, en cuya jornada le hacen célebre sus múltiples hazañas, hasta que la perfidia de Agamemnon, con el robo de Briseis, debilita su ardor marcial, retirándose del combate para no pelear más en favor de los griegos.

Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, hermano de Diana, disputa á Júpiter el mando de Creta.

En el templo de Apolo, y estando para casarse Aquiles con Polixena, el hermano de Héctor le hiere en un talón, la única parte vulnerable de su cuerpo, y según algunos, dirigida la mano de Paris por el mismo Apolo.

Se erigieron á Apolo muchos templos; entre ellos, en Siria, en Egipto, en Roma, siendo de los más notables el de Acticom, el de Delos, el de Claros, el del Monte Palatino y el de Delphos.

A Achiles no sólo lo ha honrado Homero, sino Plinio, Eurípides, Xenophonte y Alejandro, dedicándole éste una corona como á una divinidad.

Tanto á Apolo como á Aquiles nos los representan jóvenes y hermosos, rubios, con el cabello en desorden y ensortijado; á éste con la espada empuñada y cubierto con el casco guerrero; al otro resplandeciente de gloria y con los atributos de la destrucción y de la muerte á sus pies.

Poetas y músicos, el uno (Apolo) simbolizando lo divino, lo eterno de la belleza y del valor; el otro (Aquiles) nos representa la realización humana de los atributos de aquella divinidad.

Si el inspirado poeta de nuestros dias aun invoca á Apolo como su genio tutelar, ¿qué guerrero no ambicionará el sobrenombre de Aquiles?

México, Abril de 1887. MANUEL ISAAC ZAMORA.

LA VIDA EN SOCIEDAD.

EL DECORADO DEL DIA.

El refinamiento del lujo, el afán de ostentación característico de nuestra época, ha quitado la severidad á los salones, convirtiéndolos en exposición de muebles y adornos de todas las épocas y todos los gustos. Hace unos cuantos años se ponía un gabinete al estilo Luis XV, y creíase uno trasportado á la época de la galante corte del duque de Orleans; hoy se confunden todos los estilos, y es muy frecuente admirar en un saloncito japonés, un sillón jardinera en el género Pompadour, ó un tapiz representando una batalla griega ó un asunto místico. Y es que hoy se amontona la riqueza sin que presida á ella generalmente el buen gusto; pero las personas que saben decorar su casa cometen rara vez estas faltas artísticas. Entre la confusión que hoy autoriza la moda, destacan sin embargo cuatro estilos, que son Luis XIV, la Regencia, Luis XV y Luis XVI: dar una ligera idea de cada uno de ellos, será nuestra misión por hoy.

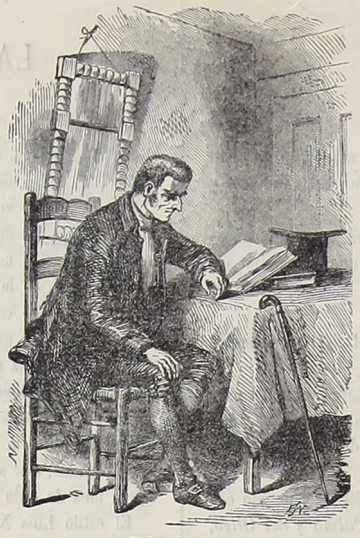
El estilo Luis XIV es de proporciones grandiosas, porque este monarca imprimió grandeza á cuanto le rodeó rechazando la ornamentación pesada y sombría que habían impuesto sus predecesores: llamó á la escultura en su auxilio, y creó las espléndidas decoraciones de Versalles, que son el tipo de la época. Este estilo grandioso acomodábase difícilmente á las casas de los particulares, pero algunos magnates poderosos, y muy principalmente la orgullosa Mad. de Montespan, llamó decoradores que acomodasen todo aquel lujo á las proporciones de su casa, y resultó el dorado que conocemos, reemplazáronse los frescos de los lienzos por espejos de primorosas esculturas y adornos decorados, dejaron de pintarse en los techos más que un medallón en el centro y algún grupo en los ángulos representando flores ó alegorías, y se introdujeron las mesas y los grandes sillones, todo dorado y realzado por guirnaldas y arabescos, reemplazando en las telas el damasco vistoso á las tapicerías severas de los gobelinos. Cuéntase que en 1680 se conoció en Francia el primer sofá y los respaldos de las sillas se rodearon de un marco de madera dorada, estilo que se importó de Italia llamándose sillerías á la italiana. También en tiempo de Luis XIV los productos de la China hicieron su primera aparición, viéndose ya primorosas incrustaciones en ébano y marfil, sándalo y nácar.

Durante la Regencia, el estilo decorativo no sufrió en realidad gran trasformación, pero durante el reinado de Luis XV, la inconstancia que caracteriza aquella época más bien que el gusto, hizo buscar un nuevo sistema de ornamentación, y en él la línea recta se onduló y la simetría fué proscrita de los salones: no obstante, el arte supo deslizarse alguna vez y producir creaciones de encantadora armonía. Por desgracia, la señora de Pompadour imprimió en ésto, como en todo, el sello de su exageración, de su mal gusto, y la señora de Dubarri introdujo después el estilo *florido*, recargándolo todo de flores, vinieran bien ó no, y fatigando la vista por el abuso del más bello producto de la creación: las flores estaban amontonadas en las paredes, en las sillas, en los jarrones, como el trigo en el granero, constituyendo un conjunto abigarrado y lamentable. De esta época datan, no obstante, los primeros muebles de palo de rosa con incrustaciones doradas, que son siempre bellos.

Cuando Luis XVI subió al trono y María Antonieta impuso su estilo especial, se exageraron las líneas onduladas y dominaron los pabellones de cortinas y ropajes, sembrando las perlas en todo como si se quisiera halagar la afición que la joven soberana las tenía. Esta época marcaba ya la decadencia, y los colores pálidos como azul, rosa, verde y las flores marchitas, fueron el emblema de aquella sociedad cansada ya de todo.

Hé aquí el carácter principal de los cuatro estilos que se disputan hoy e decorado de los salones, pero no formando unidad cada uno, sino todos ellos confundidos. A estos estilos parece que va reemplazando el gusto antiguo, y como no es fácil á todo el mundo poner un salón completo en el gusto del Renacimiento, es muy común ver en una sala una papelera del siglo XIII sobre una mesa de estilo Luis XVI, ó un sillón de la época de los reyes católicos con su asiento de cuero y sus brazos de nogal con clavos de acero, delante de una mesa ministro, de la más moderna invención. Sensibles son estos contrastes que representan más fortuna que buen gusto, porque siempre la unidad del estilo será la que más realce la ornamentación de una sala.

CONDESA DE OLIVARES.



Filosofando

Italia. La torre de Pisa

Asia.— El Monte Serbal

Vendedora de flores

HAMLET.

«Ut fata trahunt.»

Dulce y tierna su alma
Nació para la paz y la alegría,
Para en columpio de amorosa calma
Dormir la noche y festejar el día.
Ofelia en ojos de candor bañados
Dábale á su vivir nimbo de estrellas,
Y en ritmos perfumados
Líricas notas de creaciones bellas.
Quizás al puro resplandor del cielo
Y en trasparente azul de primavera
Realizado sintió el confuso anhelo
Que en todo sér, por intuición, impera.
Tal vez á la Fortuna
Fugaz favor le arrebató su labio,
Sin advertir nublados de la luna
Con que el Destino proclamó su agravio.

Ensueños de un instante
De un Paraíso de ilusiones hecho,
Porque la adusta Realidad tonante
Pisa despojos del jardín deshecho,
Y como cascabeles viperinos
Suenan en la hojarasca seca y fría,
Hamlet! de tu misión los fieros sinos
Rompen en risa gutural de Arpía,

¡Oh misterio del mal! ¡Oh adolescente
Esclavo de obsesión no presentida
—Ni en febriles delirios—por su mente
Donde nunca el horror halló cabida!
De la fatalidad la áspera mano
Su corazón sacude que dormía
De muelle vida en el tapiz liviano,
De solio de oro y púrpura cercano
Entre idilios de loca fantasía.
Así el ábrego turba despiadado
La dulce gestación de la colmena
Cuando desliza allí su soplo airado
Y de aguijones el boscaje llena.

Con el metal severo
De tu regia corona mancillada
Forjarás no la espada del guerrero
Si de justicia la impasible espada;
Que há siglos se escribió: *Diente por diente*
Y ojo por ojo—fórmula tremenda
Que á castigo condena el delincuente
De la inmolada víctima en ofrenda.
Hiere! hiere! traspasa
El pecho vil del que mató á tu padre;
Mas ¡ah! que, nueva Clitemnestra, abraza
Al asesino....¿Quién?....tu propia madre.
Y dudas, retrocedes, desconoces
A la inocente Ofelia en tu quebranto,
Y de interior combate ansias atroces
Dan á tu labio extravagantes voces
Y á tu alma quitan la expansión del llanto.

Ser ó no ser: pináculo ó abismo,
Catalepsia final ó frágil vida;
Fatal dilema cuando el hombre olvida
Que hallar Supremo Bien puede en sí mismo
Si en escombros de dudas y pasiones
—De odio, de orgullo, de ambición artera—
Enlaza á los etéreos eslabones
La trama de su suerte pasajera.
Otra es la alternativa;
Puede ser el vivir luz fugitiva,
O de foco inmortal chispa primera.
Fenómenos humanos
No tienen en sí solos savia alguna;
Y son esfuerzos vanos,
Tentativa importuna
Pretender separarlos del gran todo,
La esencia escudriñar de cada cosa:
Nube sin rayo, mineral sin lodo,
Sinaí sin Visión esplendorosa.
—El Universo como inmenso prisma
Hace múltiples luces de una misma.

Tal vez de tu conciencia en lo profundo
Sientes, Hamlet! monótono gemido
Que no logra escuchar externo mundo
Porque más bien que acento es un latido.
—¿Precoz remordimiento
De acción que ser podrá nuevo delito?
—¿Duda que asalta al pecho en el momento
De sancionar lo que juzgaba escrito?
—¿Efecto acaso de la Ley cristiana,
Algo como el perdón articulado
Por aquella palabra sobrehumana
Que el fragor de los siglos no ha acallado?
La noción del deber mal comprendido
Lucha y relucha empero en tu conciencia,
Y unas veces triunfante, otras vencido,
Es Dédalo de enigmas tu existencia.

Mas, grito de venganza
Es con frecuencia que razón más fuerte
Porque del heroísmo el lauro alcanza;
Y es del crimen quizás ansiada suerte,
Dulcísima esperanza,
De sí propio librarse con la muerte.
—¿Y qué deja el puñal al victimario
En la sangre que cálida gotea?
Déjale en vida constrictor sudario,
Hambriento buitre en corrosiva idea!

República de Colombia, 1887. RAFAEL NÚÑEZ.

NON TORNÓ!

A la Señorita Dolores Rubalcaba.

¿Por qué tan dulce tu voz resuena?
Por qué enajena
Mi corazón?
Llegó á mi oido su blando acento
Como la nota que suelta al viento
Le lleva al aura su acorde són!
Es el eco armonioso
De tu garganta,
Eco de ave marina
Que triste canta;
Que canta sola
Al ver como en la arena
Muere la ola!
Timbre lejano de la campana
Que en la mañana
Sonando está,
Lánguido, vago, fugaz gemido,
Que va en los aires, que va perdido,
Que al cielo sube, que al cielo va,
Eso es á veces, niña,
Tu tierna nota,
Como el postrer lamento
De una arpa rota,
Arpa que deja
Al mundo en un sollozo,
Su última queja!
Como escuchamos en la llanura
De fuente pura
Vivaz rumor,
Como del ave la cantinela,
Cuando en las aguas la luna riela
Y el nido baña con luz de amor,
Así se oyó tu leve
Sonoro acento,
Así sentí en el alma
Su sentimiento;
Que el alma sabe
Cuando una niña hermosa
Se torna en ave!
En otras horas tan seductoras,
Cuando las horas
Rápidas son,
Guardé en el alma, forjé en mi mente,
La imagen bella, gentil y ardiente,
Sombra fantástica de una ilusión!
Y mientras tú cantabas
La historia impía
De aquel amante ingrato
Que «no volvía,»
Volvió á mi mente
Aquella imagen bella,
Gentil y ardiente!
¿Por qué á la selva que un yermo era
La primavera
Le da esplendor?
Por qué en el viejo tronco se mecen
Las secas ramas que reverdecen?
Por qué dan fruto? por qué dan flor?
¿Por qué al oir tu acento
Claro y sonoro,
Se oyen sonar las cuerdas
De una arpa de oro?
Yo la tenía
En un rincón oscuro
Muda y sombría!...

México, Abril 20 de 1887 JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

UNA FRASE DE MIGUEL ÁNGEL.

(TRADUCCIÓN DE TEÓFILO BRAGA).

I

¡Oh Dante! ¡Nueva aurora en la Poesía,
Juez, contra toda libertad severo!
Cuando aquella mansión cruzaste, empero
A Virgilio dijiste, al hábil guía:

«¿De dó viene el placer y la armonía,
Ese canto de amor dulce, ligero?
¿Se aclara el horizonte en el postrero
Estertor de tristísima agonía?»

Ves, entonces, en nube diamantina
Volar á Pablo con *Francesca*, amante;
Quieres ver el dolor que allí fulmina,

Preguntas al Maestro en ese instante;
Mas responde la bella florentina:
«*La bocca me bacció tutto tremante.*»

II

Fría, dentro de un féretro extendida
Ví pasar yo también, por un camino,
Aquella que formó siempre divino
Pensamiento de luz, en mí, y de vida.

¡Ah! ¡Vittoria Colonna, no vencida!
La esperanza te sigue y adivino
Que, cual desorientado peregrino,
Concluye, ó como nave ya perdida.

Mi espíritu se abisma con perderte;
La soledad me cansa y me sofoca;
Duro dolor, me va dejando inerte.

¿Qué mano, digo yo, letal me toca?
Verla muerta pasar.... qué mayor muerte
«*¡Si nunca le he besado aquella boca!*»

España. JOSÉ FEITO GARCÍA.

LA IMPRENTA.

No sólo es el acero el que avasalla
O el yugo rompe de infecundos lazos,
Ni tan sólo el cañón hace pedazos
El valladar de fúnebre muralla..

La *Imprenta* desmorona sin metralla
Lo que otros no derriban ni á balazos;
¡La imprenta es un gigante de mil brazos
Que gana cada dia una batalla...!

Grandes victorias el saber le debe;
Ella da vuelo á lo que el hombre inventa,
Ella á los pueblos sin cesar conmueve.

Este siglo es de lucha y de tormento....
¡Las batallas del *siglo diez y nueve*
Las ganan los soldados de la *Imprenta!*

España. V. MARÍN Y CARBONELL.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Sucede en la cuestión de sentimientos una cosa que he observado, papá, y es que cuando dos jóvenes parecen simpatizar, el mundo, sin comprender la especie de afecto que los une, los apellida amantes, creyendo que en el corazón no hay más sentimiento que el amor. Así se juzga en la aldea y en la ciudad, lo mismo en la corte que en el cortijo.

—Hay que desoir ciertas cosas; no te preocupes por eso, Victorina.

—Yo he dicho en el café que su hija de usted no podía aceptar los amores de ese hombre, por ser indigno de ella.

—Conde, usted no debiera haber ofendido á nuestro amigo, porque es todo un caballero, y como tal, digno de una señorita.

—Sí, pero es un pobrete.

—Millonario de inteligencia, señor conde;—repuso Victorina con alterado acento.

—Es de cuna muy humilde.

—Doble mérito haber sabido elevarse, amigo mio.

—Siento haya usted faltado á uno de nuestros mejores amigos, señor conde. La aristocracia del dinero y la de pergaminos valen muy poco sin la del corazón. El dinero se adquiere fácilmente; el talento no se adquiere, se nace con él.

Por eso Felipe IV, el rey protector de las artes y las letras, dijo á Velázquez, poniéndole en el pecho una cruz: *Yo hago los nobles, los genios sólo Dios.*

—Sepa usted que Mario es muy digno de mí, y por eso le he concedido mi amistad, que vale tanto como mi amor.

El conde comprendió que debía dejar á los amigos que tantas molestias aguantaban, y lo hizo así.

—¡Oh! yo me vengaré de ese pobrete,—exclamaba entrando en su departamento del hotel de los Príncipes.

—¿Cuándo quieres que marche?—decía el vizconde á su amigo una noche tempestuosa en que se habían quedado sentados en dos duquesitas colocadas cerca de la chimenea del cuarto de Alberto.

—Cuando tú quieras; daría la mitad de mi vida por quedar libre de esas cadenas, que en un tiempo me parecieron de flores y hoy me agobian espantosamente.

—Si tan decidido estás, ya no me acuesto esta noche; tomo el billete y me voy mañana mismo.

—Eso es muy precipitado.

—No me parece así, por más que tú lo digas; llevándome una maletita pronto estoy arreglado. Mi objeto es servirte y ver á Granada. Por consiguiente, según mi actividad, me tienes aquí dentro de veinte dias.

—¿Y me darás cuenta frecuentemente de tu trágica comedia?

—No: prefiero enterarte del resultado á mi regreso. Todavía no he pensado por dónde he de empezar mi plan de ataque.

—Dios te libre, amigo Alberto, de una pasión como la que me devora; el desdén de esa mujer, su rigor y su dureza, me atraen más hacia ella.

—Chico, lo que es por esa parte libre estoy; me considero asegurado de incendios.

—¡Cuán afortunado eres!

—¿Pues no dicen que es tan bello el amor?

—El amor es el mayor bien de los bienes cuando no es el mayor mal de los males.

—Pediré á Dios que me guarde de ese bicho.

—¡Si vieras qué ambición se me ha desarrollado! Anhelo trabajar mucho, crearme una gran posición para poderme colocar sin sonrojos cerca de Victorina. Nunca había pensado en trabajar; para mí me basta lo que tengo; para Cándida no necesitaba mucho en atención á la vida sencilla que hace. Mas para Victorina necesito otra cosa; Victorina es una mujer elegante, una mujer que ha nacido para brillar en el gran mundo.

No dudes que si tuviera un trono se lo ofrecería. Siento hasta orgullo de que pueda quererme: ¡tanto me encanta!

Su amor halaga mi corazón, mis sentimientos y mi vanidad.

¡Oh, sí; yo espero que me amará!

Tenemos muchos puntos de contacto en ideas y opiniones.

—Mira, puedes escribir la carta que me ha de introducir en casa de esa familia, y yo entretanto arreglaré la maleta.

Mario escribió sobre el pupitre del vizconde.

Cuando hubo terminado, le preguntó éste:

—¿Qué le dices?

—Sólo le pongo siete líneas. Tú te encargarás de hacerle presente que las he escrito á duras penas, por tener la vista muy estropeada.

—Está tranquilo: representaré mi papel como un Romea.

—Ya amanece: podemos apagar las bujías y llamar para que nos sirvan pronto el desayuno.

Mario lo hizo cual lo había dicho, y al abrir las ventanas quedó admirado del gran espectáculo que presentaban los edificios cubiertos de hielo.

—¡Qué sudario tan blanco cubre nuestros tejados!

¡Oh, el campo debe estar muy pintoresco! ¡Cuánta poesía encierra la naturaleza!

—Verdaderamente, yo no soy poeta y participo de tu entusiasmo.

—Para no encontrar poesía en la creación se necesita tener ciega el alma, y esa es la peor ceguera.

—Viviendo contigo voy á concluir por salir contagiado de tu inspiración. Qué hermoso contagio sería, amigo Mario!

El criado entró trayéndoles un pequeño refrigerio.

—Señoritos, dispensen ustedes que no haya entrado antes; el café de la esquina no estaba todavía abierto y he estado llamando mucho rato.

—Bien, hombre; no ha sido grande tu tardanza. Vete y haz que venga por mí un *simón* para ir á la estación del Mediodía.

—En seguida voy.

—¿Qué piensas hacer durante mi ausencia?

—Lo de siempre: iré á la redacción y por las noches á casa de Victorina.

—Ya has tomado la casa por asalto, pues observo que vas diariamente.

—Sí, á despecho del conde de Champ-Fleury.

—No le haces gracia.

—Ninguna: al parecer está enamorado de Victorina.

—¿Te estorbará?

—Tratándose de una mujer como Victorina, no es rival temible. Ella, que desprecia el becerro de oro, no verá en el conde más que un necio orgulloso.

—Lo que es el señor conde no es tipo para llamar la atención de esa mujer. Lo soporta porque es amigo de su padre y porque es afectuosa y tolerante con todos los que frecuentan su casa.

—¿Cuál será el ideal de Victorina?

—Tú.

—No me atrevo á creer tanta dicha.

—Si no te corresponde no querrá á nadie.

—¿Lo crees así?

—Ciegamente.

—Entonces, si no me ama, ¿cuál será su proyecto?

—Permanecer vestal, como decís los poetas.

—Siempre tan chancero.

—Un coche se ha parado á la puerta, amigo Mario.

(Continuará.)

Familia de zorros

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Ciencias y Artes.—El cultivo del añil.—Dase el nombre de añil á una planta que pertenece á la familia de las leguminosas. En América se cultiva con esmero el añil: su uso principal es en las tintorerías, pero también es útil á las artes. Forma uno de los ramos de producción y exportación de México, siendo el valor de esta última, de unos ciento treinta mil pesos al año. El añil era conocido por los antiguos bajo el nombre de *indicum*, habiendo sido la India quien lo introdujo en Europa. Nuestro grabado representa las varias operaciones del cultivo y extracción del añil; en la parte superior se ven los labriegos en las labores de la siembra; en el centro se despliega toda la actividad de la época en que se recoje la planta, y abajo se presentan las dos operaciones principales que se emplean para la extracción.

Filosofando.—Hay personas que creen haber leido un libro por haber pasado la vista sobre sus líneas y los dedos sobre sus hojas. Esta clase de lectores pierden el tiempo inocentemente: no sucede así con los que intentan desentrañar en cada frase el pensamiento del autor, filosofando acerca de él. Esto acontece en nuestro grabado con el lector que se halla meditando acerca de lo que ha leido para sacar provecho de su lectura, cosa que debe hacer todo aquel que quiera ilustrarse al leer un libro y no matar el tiempo, como vulgarmente se dice.

ITALIA.—La Torre de Pisa.—La bella ciudad de Pisa, bañada por el rio Arno, es una de las más pintorescas de Italia, y, entre sus varios monumentos la Catedral, con su torre desplomada, es el más famoso. La singularidad de esta torre no consiste en su altura ó elegancia, sino en su desviación del centro de gravedad fuera de la línea perpendicular. Es verdaderamente maravilloso contemplar una estructura de ciento noventa pies de alto con inclinación de catorce pies, recordando que está en esta condición hace más de seiscientos años, sin haber mostrado señal alguna de desplome. Pisa es patria de Galileo, y en el famoso cementerio de esa ciudad hay pinturas y esculturas que atraen la atención de los primeros artistas del mundo.

Asia.—El Monte Serbal.—Hállase este monte en la península de Sinaí, y por su aspecto imponente y magestuoso se distingue entre todas las elevaciones que le rodean. Cuando se llega á un punto de vista favorable se descubre su elevada cúspide dividida en cinco escarpadas cimas. Dícese que Dios dictó en este sitio el decálogo á Moisés, pero no es posible que así sea por no haberse podido acomodar en tan pequeño espacio un campamento tan grande como era el de los israelitas que salieron de Egipto. De la base del monte Serbal parten dos valles de tres á cuatro millas de largo, pero cada uno de ellos es un laberinto de peñascos y torrentes secos donde los israelitas no hubiesen podido permanecer.

Familia de zorros.—En el reino zoológico hay séres inteligentes como entre los séres racionales, distinguiéndose entre los irracionales el zorro, como el más astuto y más difícil de domesticar. Generalmente rodea los gallineros para aprovecharse del menor descuido y hacer presa. Cuando se le persigue y no tiene escapatoria, se finje muerto, y no pierde esta actitud mientras tiene delante á su perseguidor. Poseen una agilidad extraordinaria, cazan durante la noche y duermen en madrigueras que ellos mismos se fabrican.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas.....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.